

## REPRESENTACIONES LITERARIAS DEL MUNDO RURAL

MARÍA MINELLONO\*

**Resumen:** Este artículo es la síntesis de un Proyecto de Investigación que dirijo, acreditado en la UNLP, Programa de Incentivos a la Investigación, titulado *Representaciones literarias del mundo rural* en nuestra literatura colonial e «independiente» Aborda en forma simultánea una tradición literaria universal y una categoría socioeconómica móvil, que se expresan en la materialidad de la realidad simbólica, trascendiendo las perspectivas de la literatura pastoral, estableciendo relaciones de oposición, convergencia, asimilación y desplazamiento de los escenarios urbanos legitimados por la escritura, en particular de los siglos XIX y XX.

**Palabras clave:** representaciones, rural, comparatismo.

**Abstract:** *This article is the synthesis of a Project of Investigation that I direct, credited in the UNLP, Program of Incentives to the Investigation, entitled literary Representations of the rural world in our colonial and "independent" Literature. It simultaneously approaches form a universal literary tradition and a movable socioeconomic category, that are expressed in the materiality of the symbolic reality, extending the perspective of pastoral Literature, establishing relations of opposition, convergence, assimilation and displacement of the urban scenes legitimized by the writing, in particular XIX y XX Centuries.*

**Keywords:** representation, country, comparatism.

El mundo rural comienza a representarse en nuestros textos literarios a partir imágenes y relatos que ocupan obras emblemáticas del período de la Conquista.

Destaco en orden cronológico:

1. El «Romance elegíaco» del clérigo y soldado Luis de Miranda, escrito entre los años 1537 y 1541 en Asunción.
2. extenso poema épico *La Argentina o la Conquista del Río de La Plata* del arcediano

---

\* María Minellono, Dra. en Letras por la Universidad de La Plata (UNLP), Prof. Titular de Literatura Argentina A, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), Directora del Centro de Investigación de Literaturas Comparadas (CeLyC/IdIHCS/CONICET), Directora de la Maestría en Literaturas Comparadas (UNLP), Investigadora Categoría I. Correo electrónico: mariaminellono@gmail.com.

Fecha de recepción: 23-04-2013. Fecha de aceptación: 06-05-2013.

*Gramma*, XXIV, 50 (2013), pp. 49-59.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

Miguel del Barco Centenera, editado en Lisboa en el año 1602, a su regreso de la expedición que realizara con el Adelantado Juan Ortíz de Zárate, y

3. La narración histórico-mítica *La Argentina o La argentina manuscrita* (1612) del mestizo Ruy Díaz de Guzmán, implicado ideológicamente con la parte española de su sangre (fue sobrino de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y nieto de la india Leonor). Las tres obras nos ofrecen testimonios coincidentes sobre una tierra indómita, asimilable a la alegoría de una «viuda» de varios maridos, que todavía no ha encontrado un hombre fuerte que la domine, proclive además a mostrarse «inculta y estéril», sin «educación ni disciplina» (Díaz de Guzmán, 1998, p. 22).

La tensión entre el mundo europeo y lo nuevo –desconocido– se instaló tempranamente en nuestra literatura colonial, por medio de fórmulas conceptuales y semánticas que validaron la cultura y la tradición españolas, frente a la carencia y el vacío de los territorios incorporados al Imperio. Este planteo inicial se fue diversificando en una serie de antinomias y dicotomías subsidiarias: el ámbito del fuerte, límite y demarcación de la naturaleza americana, en oposición a la exhuberancia de la selva, propicia a la sensualidad y los excesos; la tradición judeo cristiana, la racionalidad y un orden axiológico, frente a la cultura pagana, con prácticas de antropofagia, incesto y formas promiscuas de la sexualidad; el español, sujeto colonizador y el indio, objeto de sus acciones colonizadoras. Sabemos que las fronteras establecidas fueron lábiles y muchas veces transpuestas por representantes de ambos bandos. Los españoles no permanecieron inmunes al «paraíso de Mahoma» y mantuvieron relaciones simultáneas con varias indias o esposas; el flagelo del hambre los puso en situación de comer cuero, estiércol y los cadáveres de sus propios compañeros para poder sobrevivir.

En etapas posteriores del período colonial, los diarios de los viajeros dieron cuenta de una nueva estructura territorial, abriendo los espacios geográficos de observación hacia otras regiones, especialmente la pampa y el noroeste andino. Dentro de los textos escritos en lengua española destacamos los de Fray Diego de Ocaña, Fray Fernando de Lizárraga, Fray Pedro José de Parras y Alonso Carrió de Lavandera (Concolorcorvo).

Pero al mismo tiempo y tal como lo explica Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa* (1942), América comenzó a despertar una gran atracción en el hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata o el pordiosero que por medio de la imaginación, ambicionaba las aventuras y los tesoros «dibujados de la boca al oído» (p. 9). Irse a América comenzó a transformarse en una forma de escapar del plano de la realidad peninsular e incursionar en la dimensión del sueño.

A partir del surgimiento de las pequeñas ciudades diseminadas por las vastas extensiones virreinales, centros incipientes de sociabilidad, con diseños urbanos precarios y edificios proyectados como réplica de los cabildos e iglesias españolas, intercambios comerciales rudimentarios y costumbres marcadas por la sencillez y la estratificación social, se fue resignificando la textura proteica de la tierra que se ocupaba transitoriamente o en forma estable, mediante las estructuras de barro y paja de los ranchos o las hojas y los troncos de

las enramadas, concomitantes con la economía de las vaquerías y el cuero.

La nueva bimetración del territorio, expresada en las categorías campo-ciudad, ya está presente en *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* (1773), de Alonso Carrió de Lavandera-Concolorcorvo.

En este libro de viajes advertimos la enunciación de un emisor bifronte, que alterna sintácticamente el «yo europeo» del visitador (enviado oficialmente por la Corona española) con el «yo americano del indio neto», quien desde una cultura subalterna aporta sus propios conocimientos del topos por donde ambos se desplazan. La descripción de las primeras ciudades (Montevideo, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán) y los pagos y villas (Areco, San Andrés de Giles, Luján, etc.), contrasta con la monotonía de la pampa que recorren a caballo y en mula, esperando el encuentro de alguna posta donde cambiar las cabalgaduras y asegurar el agua y los alimentos para continuar la travesía. Simultáneamente la tradición literaria de la picaresca española coexiste con las coplas de amor cantadas por los rústicos habitantes de la campaña, transmitidas por tradición oral o improvisadas durante el intercambio de relaciones o payadas. Los «gauderos», holgazanes e indolentes, ataviados con poncho, chiripá y botas de cuero de potro contrastan con los habitantes de las ciudades, vestidos a la europea, con ropas elaboradas con habilidad por las mujeres de la familia. El uso alternativo de la tercera persona del singular sirve a uno de los propósitos sublimizares del texto: mostrar la situación de muchos migrantes españoles, diseminados por una geografía que favorece el aislamiento y la desidia, contraviniendo el estereotipo del hidalgo exitoso para enfatizar los matices subjetivos del fracaso, el desánimo y la nostalgia por la «dulce España», a la que muchos de ellos no pudieron regresar.

La importancia de este texto trasciende su propia letra, por el mérito de regular un modelo de observación, donde casi no se repara en el paisaje (no existían condiciones de posibilidad para construir una vinculación subjetiva con la naturaleza) y se destacan las inmensas potencialidades económicas del suelo no cultivado, matriz conceptual que incide sobre los escritores y los textos posteriores, especialmente sobre *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento.

A través de un lento proceso, los sentimientos de desengaño, generados por la ausencia del oro que fuera el móvil y el acicate de muchos conquistadores, conforme lo textualizan los propios escritores peninsulares, tal el caso de Lope de Vega cuando escribe: «*so color de religión / van a buscar plata y oro / del encubierto tesoro*» (Rodríguez Molas, 1982, p. 14), comienzan a producirse las primeras metamorfosis del imaginario, donde se proyectan hacia los días venideros las esperanzas de la tierra como sementera, tópico presente en los fisiócratas neoclásicos, antes y después de la Revolución de Mayo.

En la «Oda al Paraná» (1801), poema escrito como romance heroico por Manuel de Lavardén, publicado en el primer número del periódico *El telégrafo mercantil* en simultaneidad con un artículo de su autoría: «Nuevos aspectos del Comercio en el Río de La Plata» (1801), advertimos junto al proyecto de introducir nuestra economía en el proceso económico mundial bajo la influencia de las lecturas de Jovellanos, Quesnay, Turgot,

Mirabeau y fundamentalmente Adam Smith, autor de *La riqueza de las Naciones* (1776) la influencia de los poetas latinos Virgilio y Horacio, expresión de una estética de la labranza que nuestros escritores adoptaron.

Virgilio celebró y estilizó los esfuerzos del trabajo de la tierra que transformó en Arcadia; no obstante en sus églogas (especialmente en la Égloga IX) se expresa el temor por la pérdida y la confiscación de los labrantíos a la que él no permaneció ajeno.

Ceres, diosa de la agricultura es invocada por Lavardén para que el Río Paraná descienda luego de una disminución temporaria de su caudal, socorra a los sedientos campos y posibilite la cornucopia o cuerno de la abundancia que traiga la felicidad de los frutos y las mieses. Sin acercarse al tópico del *Beatus Ille* o el feliz retiro campestre que Horacio suma al núcleo original de la cosmovisión virgiliana, reconocemos entre las «ninfas» y los «céfros» del poema de Lavardén, un planteo económico superador o aleatorio de la economía del cuero. El mundo rural vuelve a ser asociado con su productividad, alternativa que solo parcialmente modificarían los escritores románticos, si nos atenemos a la «Advertencia» a «La Cautiva» de Esteban Echeverría, donde puntualiza la doble inflexión del objeto que poetiza:

*El desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional (1991, p. 447).*

### LAS PRIMERAS ESTANCIAS

Los españoles propietarios vivían en un estado de pobreza y abandono similar al de sus campos, donde la extensión no representaba dinero ni confort, y la abundancia de ganado vacuno constituía la base del «ciclo económico» y la causa del consumo irracional de carne.

Permitían que se arrimaran a sus precarias instalaciones algunos gauchos, a quienes se les dejaba carnear y compartir la precariedad de sus hábitos y costumbres.

Se hace necesario precisar los matices semánticos de la categoría gaucho, que nunca designó una etnia sino a los mestizos descendientes en segunda o tercera generación de la cruce entre españoles e indias, criados por sus madres y, por ende, pobres, a diferencia de los que se habían criado con sus padres y fueron ricos y considerados españoles, tal como sus progenitores.

Por este motivo, gauchos fueron desde su origen los desposeídos; recién cambiaría la significación peyorativa del término durante la Revolución de Mayo, cuando se construyó la imagen del «gaucho patriota», cuya voz fue tomada por los escritores cultos para «bajar» las ideas iluministas hacia receptores ágrafos y «subir», simultáneamente, los rituales y usos de una cultura marginal al estatuto literario vigente. Complementariamente, sus cuerpos fueron requeridos y útiles para los ejércitos revolucionarios, tal como se ha insistido en numerosos textos críticos (Ludmer, 1988).

Retomando el tema de las primeras estancias, las *Memorias* del Virrey del Pino las des-

criben como «cuevas» construidas hacia el interior de la tierra o bien hacia afuera, con el conocido diseño de los «ranchos».

La situación del mundo rural se fue modificando a partir de la intervención controladora de los cuerpos de blandengues, subvencionados por la Corona y la reglamentación del permiso de marca del ganado, concomitante con el derecho de carnear.

Durante el año 1777 el Virrey Ceballos normatizó el funcionamiento de las primeras estancias, determinó el horario de trabajo de los peones estables (desde las 4 del día hasta una hora después de la puesta del sol), estableció el cierre de las pulperías durante la noche, legalizó el castigo de quienes portaran armas blancas, prohibió la presencia de mujeres en los negocios, persiguió las «juntas de gentes y guitarras» y estableció la «leva» de gauchos para trabajar al servicio del virreinato. Comenzó entonces a usarse el término paisano para designar el gaucho adaptado al nuevo sistema (Rodríguez Molas, 1982, pp. 62-63).

Se establecieron las bases jurídicas de la desigualdad ante la ley que rigió a los habitantes de la campaña, motivo literario que pregnó la literatura gauchesca de causa nacional, la gauchesca facciosa y el «criollismo» de los folletines de Eduardo Gutiérrez (Minellono, 2010).

Pero la imagen literaria más completa de la estancia virreinal la encontramos en el extenso poema de Hilario Ascasubi *Santos Vega o los mellizos de la Flor* (1851), reelaborado en París durante el año 1872 con la finalidad de la publicación de sus *Obras Completas*. En este texto, el célebre payador del relato enmarcado, pícaro y socarrón, sin la nobleza del personaje representado por los textos de Mitre, Obligado y aún el folletín de Gutiérrez, ajeno inclusive a las cualidades de su probada vida histórica, puede confundir al lector sobre los verdaderos propósitos del poeta. Tras la difundida explicación de la génesis de la obra vinculada con la nostalgia del exilio uruguayo y su posterior estadía en París, Ascasubi defendió subliminalmente los postulados del «ruralismo», que a partir de 1869 comenzó a organizarse en el país, estimulado por la aparición de *El Río de La Plata*, «único diario» que pretendía sostener los intereses de la campaña, conforme lo testimoniado en su primera editorial, que al carecer de firma supone la autoría de su director, el célebre José Hernández (Dongui, 2007, p. 107). Ascasubi coincidió con Hernández no solo en la consideración de la estancia como base fundamental del progreso económico, sino también en los sentimientos de pérdida de un «pasado feliz» e irrecuperable, sin las presiones del Estado, el poder concentrado de la justicia, la policía y el alcalde en la figura del Juez de Paz, la intervención de nuevos compradores de campos con dinero obtenido en las actividades mercantiles de las ciudades, la mediación de abogados y financistas urbanos que transformaron la palabra dada en escrituras que tuvieron la capacidad de desplazar legalmente a los antiguos propietarios de la tierra, muchas veces ignorantes y analfabetos.

El marco del relato folletinesco de «los mellizos de La flor» corresponde más o menos al año 1825, época de la vida histórica de Santos Vega, pero la historia narrada es previa, pudiendo fijarse en tiempos del virreinato de Sobremonte, en la zona del partido de Chascomús.

Desde el canto V al VII del poema, Ascasubi describe a los propietarios de la «Estancia

de La Flor», que han organizado una fiesta para «cristianar» a su primogénito, invitando a vecinos, amigos llegados desde Buenos Aires con la custodia de soldados del cuerpo de blandengues y los peones y arrimados al establecimiento. El estanciero Don Faustino Bejarano, un andaluz rico y estimado por todos y Doña Estrella, una porteña aquerenciada a la zona, amada por sus virtudes y solidaridad con el prójimo, constituyen un modelo jerárquico armónico. «La estancia de La Flor» está construida de material, tiene un foso defensivo y un cañón por cada esquina de su cuadrícula, lleva rejas en sus ventanas y una serie de comodidades que no se encontraban en las estancias de las etapas precedentes. La comida que se sirve es abundante (seis vaquillonas, varias gallinas y pavos, dos horneadas de pan, pasteles, un barril de vino blanco, yerba y tabaco). Don Faustino, como acción de gracias por el advenimiento de su hijo, reparte dinero entre los peones y los soldados. Los valores que Ascasubi propone a sus contemporáneos, bajo un costumbrismo de superficie, destacan la riqueza obtenida por el trabajo rural, la figura del patrón bienhechor, la convivencia armónica de quienes ejercen diferentes roles en el ciclo productivo, la amistad, los rituales identitarios de la doma y la yerba pero también los peligros de la indiada que acecha, las pérdidas infligidas por los malones y los raptos de cautivas, como la bella «Lujanera» a la que se alude en el texto. Su modelo se califica aún más por la fricción que se produce con las informaciones del marco, donde Santos Vega anticipa el final trágico de la estancia, arrasada y quemada por los indios. El poema se abre argumentalmente en una serie de entramados y aventuras colaterales jugadas por diferentes personajes; los bondadosos y los bandidos que litigan entre sí, conforme la estructura binaria de los folletines, hasta que los conflictos se resuelven por mediación de la infaltable ayuda providencial y el arrepentimiento de los malvados. Una característica particular del texto la constituyen las referencias al paisaje de la pampa durante el amanecer, junto al catálogo de los pájaros de la llanura y sus diferentes cantos, que nos inducen a pensar en su influencia sobre la posterior escritura del *Martín Fierro*.

Advertimos en el *Santos Vega* de Ascasubi una función ideologizante, destinada a articular las reivindicaciones de la campaña, posición que compartió con Hernández, pero tal como lo destaca Halperín Donghi en *La formación de la clase terrateniente bonaerense* (2007), no podemos considerar las intervenciones de ambos en la esfera pública como expresiones de la clase terrateniente argentina sino por el contrario, como una anticipación y revelación de cuáles deberían ser sus intereses y propósitos, así como una indicación *quasi* pedagógica de cómo deberían pensarse a sí mismos, en un marco nacional que comenzaba a considerar a la campaña como una estructura residual o retardataria frente al progresismo de las ciudades.

## ACTORES Y ESPACIOS RURALES DEL PERÍODO INDEPENDIENTE

*Aquí me pongo a cantar  
abajo de aquestas talas [...]  
Perdone, Señor Ceballos,*

*mi vena silvestre y guasa,  
que las germanas de Apolo  
no habitan en las campañas.*

El epígrafe tomado del romance «Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excelentísimo Señor Don Pedro de Cevallos» del clérigo Juan Baltasar Maciel, considerado el maestro político de la Generación de Mayo, abre y anticipa el espesor de la literatura que se produjo después de la Revolución, a través de procedimientos innovadores que fueron tomados por los poetas de la gauchesca. Puntualizamos algunos de ellos:

- a) El uso de la palabra «guaso», homologable, conforme la pragmática del discurso, a la palabra «gaucho».
- b) El apronte inicial de la fórmula «aquí me pongo a cantar» que nos remite a la condición de los «gauderos» con su guitarrita, descriptos por Concolocorvo.
- c) La existencia de dos venas o musas, la «silvestre y guasa» propia del mundo rural, donde no habitaban las «germanas de Apolo», musas de la cultura letrada.
- d) El uso de la fonética del hombre rústico de la campaña.

No me referiré en esta oportunidad, por los límites de esta intervención, a las composiciones de la gauchesca, expresión significativa de la literatura argentina. Me detendré en los cambios que produjo la Revolución en las zonas rurales, cuando el monopolio fue sustituido por el libre cambio y se abrió en la localidad de Ensenada el primer saladero autorizado por la Junta (Sáenz Quesada, 1980, p. 85). La iniciativa de Mr. Staples fue imitada cinco años después por los capitalistas criollos; la firma Rosas, Terrero y Dorrego organizó un establecimiento de similares características en Las Higuieritas, partido de Quilmes.

José Luis Romero analiza el predominio rural como un rasgo propio de la América independentista. Mientras algunas familias ligadas al comercio, como la de Mariquita Sánchez de Thompson se empobrecían, los Rozas incrementaban su patrimonio aprovechando el auge de la ganadería. En 1820, durante el gobierno de Martín Rodríguez, se realizó un importante reparto de tierras fiscales entre algunas familias cuyos apellidos todavía nos resultan conocidos, y en 1829, con el ascenso de Rosas al gobierno, se produjo el máximo triunfo de los hacendados, concomitante con la derrota de los liberales de las ciudades y las propuestas circulantes de la cultura ilustrada. María Sáenz Quesada (1980) se refiere a la enunciación del discurso de los hacendados de la Provincia de Buenos Aires, quienes por más grandes que fueran sus extensiones hablaban en nombre de sus mayordomos y capataces, pulperos, peones, reseros, domadores, personal de los saladeros y toda clase de gente vinculada a las actividades rurales (Sáenz Quesada, 1980, p. 128). Este recurso explica, de algún modo, una estrategia de comunicación que buscó el apoyo popular de los menos favorecidos por el proyecto ganadero, con dosis crecientes de populismo conservador y pragmático. En las *Instrucciones a los mayordomos de estancias* (1819) de don Juan Manuel de Rosas, se textualiza un articulado rígido y exigente para el funcionamiento de las estancias del período.

Por estas razones coincido con el crítico Noé Jitrik (1983) cuando corrige la afirmación de Sarmiento en las páginas de *Facundo* cuando se refiere a Rosas como «hijo de la culta Buenos Aires sin serlo él» (1978, p. 40); en realidad debió decir hijo de la cultura agropecuaria de Buenos Aires, siendo él su máximo representante. Estas razones explican por qué Rosas pudo mantenerse tanto tiempo en su gobierno, sin ser derrotado por el Ejército de Lavalle ni el bloqueo francés, sino por el general Urquiza, otro terrateniente de prestigio, que se veía afectado por la retención aduanera que sufría Entre Ríos y las demás provincias. Pero no todos los estancieros apoyaron a Rosas y muchos de ellos padecieron la confiscación de sus tierras y el posterior exilio, tal el caso de José Mariano Biaus, dueño de la estancia Los Talas en la zona de Luján, amigo hospitalario de Echeverría, cuyas tierras le fueron devueltas después de la batalla de Caseros. Además expresaron su descontento como protagonistas de la revolución de los “Libres del Sur”, del 29 de octubre de 1839, liderada por Manuel Rico en Dolores, Pedro Castelli en Chascomús, Antonio Cramer en Monsalvo y Nicolás Granada, en la guarnición Tapalqué, quien cooptado por el gobierno favoreció con su desertión la derrota del movimiento.

Si bien en 1851 y en la posterior edición de 1872 Ascasubi exaltó la estancia virreinal desde una perspectiva temporal que le permitió idealizarla como modelo económico y social, tal como lo puntualizáramos oportunamente, uno de los testimonios retrospectivos más adecuados a la realidad de las estancias del período rosista y posteriores a su caída, lo encontramos en *Pablo, ou la vie dans les Pampas* (1869) de la escritora Eduarda Mansilla, sobrina de Rosas y hermana de Lucio V. Mansilla.

La casa de la estancia «El federal», donde transcurre gran parte de la acción de la novela, está representada con escasos muebles, iluminación con velas de sebo, suelo de ladrillo sin alfombras, paredes desgarnecidas y escasas habitaciones que sirven simultáneamente de sala y comedor. A pesar de ser poseedoras de bienes y riquezas, muchas familias «gauchonas» fueron miradas despectivamente por los habitantes de la ciudad, poseedores de menor patrimonio pero más roce, tal como le sucede a Dolores, protagonista de la novela a la que nos referimos, en el trato con sus primas de la villa de Rojas. Esta asimetría podría encontrar a sus antecedentes literarios en los tópicos trabajado por Bartolomé Hidalgo y Estanislao del Campo respecto de las «inhabilidades del gaucho en la ciudad».

En este vaivén de luces y sombras que iluminan o ensombrecen el mundo rural y sus relaciones con el Poder, me parece interesante destacar los aportes sarmientinos respecto de la representación de la pampa y la resemantización de las antinomias iniciales ciudad y campo, como términos de la nueva dicotomía formulada como civilización y barbarie. Luego de la «Introducción» a *Facundo*, donde Sarmiento alterna los recursos de la poesía, la argumentación política, el discurso científico y los propósitos y el plan de trabajo de su obra, dedica el primer capítulo a la descripción del «Aspecto físico de la República Argentina; caracteres, hábitos e ideas que engendra» (Sarmiento, 1978). Sarmiento no conoció la llanura sino cuando llegó a Buenos Aires como gacettillero y soldado del Ejército Grande, liderado por

Urquiza (Sarmiento, 1997); sus fuentes fueron literarias y en la adjetivación que empleó en su texto: «calladas soledades», «dilatada llanura», «insondable inmensidad»; en las comparaciones elegidas, «llanura como el mar» y aún en las metáforas, «tripulación» de las carretas, advertimos la intertextualidad con el primer canto de «La Cautiva» de Esteban Echeverría. Lo que ha molestado a lectores y críticos de Sarmiento respecto de sus formulaciones sobre la extensión del suelo como problema, así como la ponderación del colono europeo frente al abandono propio de la «villa nacional» y la «ociosidad» del argentino, creo que ha impedido ver una hipótesis fundamental del texto: la mala circulación de la riqueza, la poca generosidad de Buenos Aires que en lugar de mandar «luces» al interior ha enviado «cadenas». Él es sanjuanino de origen y, en su concepción abstracta y universal de la cultura, reclama escuelas, refinamientos de las costumbres, de las formas de vestir, de la religiosidad y de los modos de organización social que tienen como referentes el mundo europeo, que conocerá después, y cuyos encantos y decepciones dejará asentadas en *Viajes por Europa, África y América* (Sarmiento, 1993). La presidencia de la República lo encontrará abriendo la primera exposición de la industria en Córdoba, donde se pondrán en funcionamiento los telares mecánicos que él ha visto funcionar en Inglaterra utilizando vellones argentinos. Valga como referencia personal y literaria, la imagen de su madre recordada en las páginas de *Recuerdos de Provincia* (1850) quien sostuvo el hogar con los productos elaborados en su precario telar, instalado bajo la mítica higuera.

### LAS ESTANCIAS DEL 80

Durante el 80 la representación del mundo rural es trabajada por dos corrientes literarias diferentes: el naturalismo (adaptado a la política local y a la ideología del PAN, distante del socialismo utópico del modelo zoliano), cuyo novelista más relevante fue Eugenio Cambaceres y el criollismo, normatizado por Eduardo Gutiérrez en los folletines publicados en *La Patria Argentina*. Cambaceres compartió la inflexión de muchos de sus contemporáneos frente al fenómeno de la inmigración, avalado como expresión teórica de la tesis alberdiana y los postulados de los hombres de la Generación del 37, pero rechazado en la experiencia concreta que fue vivida como peligro e invasión del cuerpo nacional. De allí que el edificio de la estancia de Andrés, en *Sin rumbo* (1885), bautizada como «La Capilla», cargue con la significación de sacralidad de lo argentino, que durante el Centenario se expresó en el ensayo «El Payador» (1913) de Leopoldo Lugones, y más tarde en la novela de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* (1926). Esta tríada de textos generó un núcleo semántico que incorporó, además, un nuevo tipo de estanciero, el que habita en Buenos Aires o en París, lejos de sus vacas, y lleva a sus estancias los refinamientos que descubre en sus viajes de placer y consumo. Creo que esta construcción obliteró las imágenes previas del campo y aún otras pertenecientes a la misma época, tal el caso del *Santos Vega* (1880) de Eduardo Gutiérrez, donde ya se advierten la estratificación del mundo rural y los efectos no deseados de la Modernidad, que pone en retirada a los viejos gauchos y antiguos propietarios de campitos, pequeñas estancias y majadas reducidas.

Durante el siglo xx la ciudad es hegemónica para casi todos los géneros literarios y constituye en sí misma un motivo literario; son escasos los textos que se ocupan del abandono de la tierra tras las migraciones masivas hacia las fábricas y la panacea de la industria local, a las que se suman los bajos precios de los productos del agro en el mercado internacional y la negativa del Mercado Común Europeo para realizar compras de vacunos en Argentina, considerada zona de aftosa. Tampoco se visualizan en la literatura los cambios producidos en la propiedad de la tierra, las subdivisiones de las que fue objeto, el desarrollo de colonias y las cooperativas (especialmente en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe). No obstante, el mundo rural persiste en una serie de textos emblemáticos de la literatura argentina, aportando nuevos matices y haciendo más compleja la representación de sus espacios socioculturales, desde actitudes y propósitos diferentes: *Los gauchos Judíos* (1910), de Ernesto Gerchunoff, la narrativa de Roberto J. Payró, especialmente sus novelas *El casamiento de Laucha* (1906), *Pago Chico* (1908), *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1910) y *Fuego en el rastrojo* (1925); *Allá lejos y hace tiempo* (1918), de Enrique Hudson; *Gracia Plena* (1925), de José Pedroni; *Los caranchos de la Florida* (1916), *El inglés de los güesos* (1922) y la colección de cuentos *De los campos porteños* (1931) de Benito Lynch, y más cercanos a nosotros, *Llegada de un Jaguar a la Tranquera* (1980) y *El tren casi fluvial* (1988) de Francisco Madariaga. También debemos consignar los aportes de las llamadas literaturas regionales, tanto como la instalación del fantástico en la zona rural de Cucharí, tal el caso de *Autobiografía de Irene* (1948) de Silvina Ocampo y parte de la narrativa borgeana, que trabaja fundamentalmente el cinturón o la orilla que separa y une la ciudad con el campo. Pero no podemos obviar, particularmente durante la década del 90, la voluntad de los escritores de sacar del centro de la escritura el realismo de la representación, que involucró por igual al ámbito del campo y la ciudad. En *Encuentro del bosque. La Argentina como escenario* (1993) se consigna un cuestionario formulado a una serie de escritores, entre los que recorto por lo rotundo de sus respuestas a Daniel Guebel, Luis Gusmán, Juan Martini y Eduardo Belgrano Rawson, quienes coincidieron en el deseo de eludir en sus prácticas de escritura lo conocido y aún lo desconocido, reemplazado por las experiencias personales o literarias, con la intertextualidad como fuente y un rol o función diferente para los nuevos escritores. Cuando Raymond Williams escribió en 1973 *El campo y la ciudad*, dedicó su libro a los trabajadores rurales que fueron sus abuelos; él como su propio padre había nacido en una granja de campo, que no se expresaba en el lenguaje verde que hacía exégesis de las mansiones de la campiña inglesa. Su proyecto consistió en buscar los matices, astillar los significados, demoler las imágenes estereotipadas de las casas y jardines que fueron símbolos de un estilo de vida y una clase, y explicar, al mismo tiempo, su necesidad de abandonar el campo para asistir a la Universidad, tan cercana y tan distante de su alcance. Tal vez en la literatura argentina ocurra algo similar a lo referenciado por Williams; la imagen que prevalece entre los lectores e importantes sectores de la sociedad acerca del campo, es apenas un recorte ideologizado del 80 y sus epígonos, una mansión europea en medio de la pampa, una sinécdoque que no explica el todo de las

fatigas y los desalientos de tantos hombres que, como Virgilio, temen todavía por la pérdida de sus tierras, la insuficiencia de sus rentas y un modelo de vida que ha encontrado, en la nueva agro-industria, la síntesis de proyectos político económicos alternativos, enfrentados desde hace largo tiempo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barcia, P. L. (1991). El Romance de Luis de Miranda: Imagen de la tierra americana. Poesía e Historia. *Edad de Oro* x, 13-32.
- Díaz de Guzmán, R. (1998). *La Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Donghi, T. H. (2007). *La formación de la clase terrateniente bonaerense*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Echeverría, E. (1981). *Antología de Prosa y Verso*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Guebel, D., Guzmán, L., Martini, J. et al. (1993). *Encuentro del bosque. La Argentina como escenario*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jitrik, N. (1983). *Muerte y transfiguración de Facundo*. Buenos Aires: CEAL.
- Ludmer, J. (1988). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Martínez Estrada, E. (1961). *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Minellono, M. (2010). Estudio preliminar. En Gutiérrez, Eduardo, *Santos Vega*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Rodríguez Molas, R. (1982). *Historia social del gaucho*. Buenos Aires: CEAL.
- Sáenz Quesada, M. (1980). *Los estancieros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarmiento, D. F. (1978). *Facundo. Civilización y Barbarie*. Buenos Aires: Hachette.
- Sarmiento, D. F. (1993). *Viajes por Europa, África y América*. Nanterre: Editorial Archivos.
- Sarmiento, D. F. (1997). *Campaña en el Ejército Grande*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Sarmiento, D. F. (1953). *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Editorial Sopena.